

¡O mesa venturosa, que guarnece
 grosero plato de paterna herencia,
 que convierte en sabroso y delicado
 aquel placer, que a tu contorno vuela?
 Pagiza habitación de la alegría,
 a cuyo umbral humilde nunca llega
 ni de la envidia el tiro venenoso,
 ni el impetu cruel de la soberbia.
 ¡Quánta ventaja haceis a los altivos
 Alcazares Reales, que aposentan
 por huéspedes perpetuos de sus techos
 desvelos, sinsabores y sospechas!
 ¡Cuán libremente sus deseos goza
 el simple labrador, cuya pobreza
 ni excita emulacion en sus iguales,
 ni en los más poderosos competencia!
 Si al pellico y cayado el cetro de oro,
 la púrpura Real trocar pudiera,
 ¡quán ventajoso el cambio juzgaría!
 ¡Con quánta libertad en las florestas
 del amor solamente frequentadas
 gozara tu hermosura, Raquel bella!
 Nunca de estado la razón tirana
 tanto bien, tanta gloria me impidiera.
 ¡O suerte! ¡O condicion! ¡O Reyno, quanto,
 me debeis, si á Raquel por causa vuestra
 de mi separo! ¿Pero qué pronuncio?
 ¿Podrás, Alfonso, tú, vivir sin ella?
 No: que mi vida pende de sus ojos:
 no: que en su pecho mi alma se aposenta.
 Mas la razon, el Reyno, mis vasallos,
 mi honor, su misma vida, las estrellas,
 todo influye en su ausencia. ¡O suerte injusta!
 ¡O cruel dolor! ¡O barbara violencia!

Vicente GARCÍA DE LA HUERTA

RECUERDOS

LENTEJUELAS

Por Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros y de San Miguel, C. de la Real Academia de la Historia.

EN la primera década de nuestro siglo, las cupletistas, que tanto auge empezaron a tomar, tenían una especie de uniforme para presentarse en escena. Variaban los colores de los trajes, pero no la forma: corpiño ceñido, gran escote, brazos al aire, talle de avispa y falda corta, con mucho vuelo y muchos volantes por la parte interior. En el material utilizado para el adorno, tampoco había variación: lentejuelas brillantes, de todos los colores, que refulgían como chispitas—millares y millares de chispitas—al recibir los chorros de luz de los focos.

La figura cumbre, el número uno en el género del cuplé, fué *La Fornarina*. La que tomó este nombre de la modelo de Rafael, el gran pintor italiano, se llamaba, realmente, Consuelo Bello. Su temperamento artístico se había perfeccionado en Francia; las músicas de sus canciones, eran casi todas francesas. Su delicada belleza, sus modales exquisitos, hacían de ella una artista finísima, sin un atisbo de chabacanería. Aún cantando en muchas ocasiones letras excesivamente picantes, nunca producían malestar ni excitación en el auditorio, porque sus ademanes discretos y la dulzura suave de su hermosa voz limaban las asperezas.

Yo era muy niño—apenas tenía seis años—cuando conocí y traté muy íntimamente a *La Fornarina*, por unas particularísimas circunstancias. Ella estaba entonces en la cumbre de su fama y había ido durante el verapo, contratada por el Gran Casino Peninsular, a Figueira da Foz, una de las mejores playas de Portugal. En el mes de Agosto, todas las noches, a primera hora, estuvo actuando en el hermoso salón de fiestas del citado casino, con un éxito extraordinario. Por la mañana bajaba a la playa. Su toldo caía junto al nuestro, pues, aunque no lo he dicho, yo también veraneaba entonces con mi familia en Figueira.

Mis padres y abuelas no solían bajar a la playa, a la que íbamos mis dos hermanas y yo, acompañados por la niñera, Isabel Domín-

guez, una cacereña típica, habladora, entrometida, buena, servicial y simpática, a la que en su ciudad natal llamaban Isabel la *Luceña*, por ser éste el apodo de toda su familia, muy popular a causa de la gran belleza de casi todas las mujeres de ella.

La *Fornarina* venía a su toldo todas las mañanas, sola o con una doncella. La inicial gracia que le hicimos los niños, principalmente la más pequeña de mis hermanas, que tenía unos dos años, abrió las puertas al trato, terminando de allanar el camino a la intimidad nuestra niñera, con su entrometimiento y simpatía. Todas las mañanas las pasábamos con *La Fornarina*, que nos regalaba constantemente dulces y juguetes. Aunque yo era muy niño para darme cuenta de nada, supe después que mis padres se alarmaron en un principio por aquella intimidad, a causa de que se murmuraba de la vida privada de la gran artista. Sin embargo, como su conducta en Figueira era correctísima y como además nosotros no estábamos en ninguna edad peligrosa, terminaron autorizando el trato.

Por las tardes íbamos al *Peninsular* e Isabel nos entraba al camerino, en el que volvía a obsequiarnos con dulces y nos enseñaba de cerca sus infinitos y deslumbrantes trajes de lentejuelas y sus ricos y múltiples mantones de manila. Se decía que uno de éstos era regalo de una testa coronada. Después pasábamos al salón, para oír la cantar durante sus actuaciones, en las que su dulce voz acariciaba mis oídos y el brillo de las lentejuelas era recreo de mis ojos.

A pesar de ser yo tan pequeño, me aprendí todas sus canciones. Aún recuerdo muchas letras de ellas, olvidadas hoy, posiblemente, por casi todos. El tema de una era la corte que hacía a una chica un pollito del que en el primer estribillo se decía lo siguiente:

«Tenía el monigote,
que era rico y marqués,
seis pelos por bigote,
a cada lado tres».

Después resultaba que el papá de la niña no quería al pretendiente, y cortaba las relaciones en la forma que relata esta variante del mismo estribillo:

«Y, despidiendo al novio,
le dió seis puntapiés,
ya ustedes saben donde,
a cada lado tres».

Entre sus coplas más populares figuraba *La Machicha*:

«Llevado de la fama
de *La Machicha*,

don Proscopio una noche
se fué al *Olimpia*.

El buen señor
es un conquistador».

Desde aquel entonces no he vuelto a escuchar ninguna de aquellas canciones. La música de una de ellas la oí no hace mucho como fondo de una película de dibujos animados. Otros cuplés suyos, que cantó en época posterior, tales como *El Polichinela* y *El Sátiro de A. B. C.*, los tengo en discos de gramófono.

En una de las últimas noches de actuación en Figueira, *La Fornarina* celebró su beneficio, que fué un gran éxito. A más de su arte, su belleza, finura y conducta correctísima, le habían ganado las simpatías de las selectas colonias veraniegas española y portuguesa. Cuando terminó de cantar, las señoras, personalmente, se fueron acercando al tablado, para entregarle regalos y ramos de flores. Nosotros también llevamos nuestras flores, que mi hermana la pequeña, en brazos de la niñera, fué la encargada de ofrecerle. Al hacer la entrega, *La Fornarina* cogió en sus brazos a mi hermana y la tuvo un rato en el escenario, besándola y dándole bombones.

Cuando ella y nosotros íbamos a marchar de Figueira, nos dió como recuerdo unos retratos dedicados. Yo conservo el mío, en el que está bella, sonriente, con mantilla blanca, y en el que puso esta dedicatoria: «A mi amiguito Miguel. Recuerdo de Fornarina».

Eso es para mí la gran artista: un recuerdo, un vago recuerdo. No volví a verla desde aquella temporada en Portugal. Joven, en pleno triunfo, murió en Madrid, en 1917, después de una operación quirúrgica que le practicaron en el Sanatorio de Nuestra Señora del Rosario. Como es lógico, ni anécdotas ni frases puedo recoger de un trato y una convivencia desarrollados cuando yo tenía seis años. Según ya he dicho, *La Fornarina* es para mí un recuerdo lejano, que flota en mi mente con la caricia de unas dulces canciones, entre el brillo de millares y millares de lentejuelas.

Sea Usted

« **ALCÁNTARA** »

y propáguela entre sus amistades.
De este modo contribuirá a difundir,
dentro y fuera de nuestra región,
las letras extremeñas.

